

VIRGILIO. <i>Las Geórgicas</i>	
AUTOR	Publio Virgilio Marón (Virgilio, 70 a. C.-Brundisium, 19 a. C.), poeta romano, formado en las escuelas de Mantua, Cremona, Milán, Roma y Nápoles; siempre estuvo en contacto con los círculos culturales más importantes. Estudió filosofía, matemáticas y retórica, y se interesó por la astrología, medicina, zoología y botánica. Su obra es el reflejo de su época, con un estilo refinado; destacan: Eneida, las Bucólicas y las Geórgicas
OBRA	El Poema de las Geórgicas se compone de cuatro libros: <i>Trata el libro primero de las mieses, de la labor del campo y del arado; el segundo va a hacer que te intereses a favor de la vid y el arbolado. El tercero de pastos y de reses, el cuarto de la abeja y su cuidado, todo el poema pues así se aplica: labra, planta, apacienta y melífica.</i>
FRAGMENTOS	FRAGMENTOS LIBRO I Voy ¡oh Mecenas! a cantar las mieses, y a decir en qué meses el cielo desgarrar nos aconseja la tierra con la reja, y uncir la vid al olmo, y qué cuidado nos merezca el rebaño y el ganado como también la diligente abeja ...da el ganado a pacer la inútil yerba Rotas de invierno las glaciales trabas en primavera sembrarás las habas; y el mijo que reclama anual cuidado, <sup>17</sup> y la alfalfa delicias del ganado,... ...Fierro al ganado echa... Rodear tus sementeras del vallado que impida los asaltos del ganado, dar fuego a los adustos espinosos arbustos, lazos tender y redes a las incautas aves también puedes, o sumergir en saludable baño al balador rebaño. El cielo concediónos por fortuna que cada mes pudiera nuestro esfuerzo leer en el semblante de la Luna si amaga tempestad inoportuna, bochorno agostador o frío cierzo. Y por ella el pastor siempre guiado, si un mal presagio asoma no va con su ganado a aventurarse a la distante loma. LIBRO II

En primavera “.....los ganados en ciertos días sienten el fuego de Venus”.

### LIBRO III

*Basta ya de los ganados mayores; falta tratar otra parte de nuestro asunto, cual es el ganado lanar y las cerdosas cabras. Mucha faena es su crianza para vosotros, ¡oh robustos labradores!, pero de ella debéis esperar gran prez. No se me oculta cuán difícil empresa es tratar en alto estilo de estas cosas tan humildes y darles poético atavío; pero una dulce afición me arrastra a las desiertas cimas del Parnaso; pláceme ir a los collados donde nadie hasta ahora ha estampado sus pisadas por aquellas apacibles laderas que bajan a la Castalia fuente. Ahora, ¡oh venerada Pales!, ahora es tiempo de levantar la voz.*

*Lo primero es menester que las ovejas se alimenten con hierbas en los abrigados establos hasta que torne el frondoso verano, y echarles sobre el duro suelo mucha paja y haces de helecho para que el excesivo frío no dañe a las tiernas crías y les produzca sarna y repugnantes paperas. Después de esto, quiero que vayas a coger para tus cabras hojas de madroño y agua fresca del río, y que dispongas tus majadas al Mediodía, resguardadas de los vientos en invierno, hasta que a fin del año empieza el frío Acuario a desatarse en fecundas lluvias. No menores cuidados reclaman las cabras, ni es menos el provecho que dejan, por más que teñidos con la púrpura de Tiro, sean de gran valor los vellones milesios. No solo dan más crías, sino también más leche; cuanto más sus exprimidas ubres llenan los espumantes cantarillos, en mayor abundancia manan de ellas blancos raudales. Fuera de esto, también se esquilan las blancas barbas del chivo nacido a orillas del Cinifo, y sus largas cerdas, que se aprovechan en los reales y de que se hacen ropas para los pobres marineros. En las selvas y en las cimas del Liceo pastan las espinosas zarzas y las matas que nacen en los lugares fragosos, y por sí solas se vuelven a los rediles, trayéndose sus cabritillos y tan cargadas de leche las ubres, que les cuesta trabajo pasar los umbrales. Ten, pues, sumo cuidado en preservarlas de las nieves y de los vientos fríos, tanto más cuanto ellas ninguno tienen de sí, y preveles pasto abundante, hierbas y ramas de árboles. Mientras esté el tiempo metido en nieblas, no les cierres tus pajares; mas cuando en alas de los céfiros torna el alegre verano, suelta a una y otra clase de ganado por los bosques y las vegas. Al primer albor de la mañana, apenas despunta la estrella Lucifer, salgamos a los frescos prados, mientras la escarcha blanquea todavía el césped y esmalta el rocío las tiernas hierbas, nunca más que entonces sabrosas para el ganado. Luego, cuando la cuarta hora trae la sed con sus ardores y las querellosas cigarras atruenan con su canto los matorrales, haz que lleven a tus ganados a abrevarse en los pozos o en los hondos estanques, de donde sale el agua corriente distribuida en canales de madera. Durante los recios calores de mediodía, busca algún valle sombrío, donde extienda desde el añoso tronco sus grandes ramas la robusta encina, consagrada a Júpiter, o donde cubran con su sagrada sombra la oscura floresta abundosas carrascas. Dales entonces nuevamente dulces aguas y déjalas pastar de nuevo hasta que se ponga el sol a la hora en que el frío Véspero templará el ambiente y la luna, ya velada de vapores, restaura los bosques y canta el alción en las riberas y el jilguerillo en las matas.*

*¿Para qué he de hablarte en mis versos de los pastores de la Libia y de sus dehesas y de sus es casas chozas? Muchas veces sucede que sus rebaños se están en los pastos todo el día y toda la noche, y durante un mes entero andan errantes por aquellos largos desiertos, sin hallar ninguna majada. ¡Tan dilatado es el espacio que tienen delante. Todo lo lleva consigo el ganadero africano, su vivienda, sus lares, sus armas, su perro de Amiclea y su aljaba cretense, no de otra suerte que el soldado romano, intrépido en las guerras por su patria, cuando se pone en marcha, abrumado bajo una excesiva carga y va a plantar sus reales delante de la desprevenida hueste enemiga.*

*Si atiendes sobre todo a las lanas, lo primero es apartar tus ganados de los matorrales espinosos, de los abrojos y lampazos; huye de los pastos demasiado sustanciosos y no elijas más que ovejas blancas de sedoso vellón; pero si tu morueco, aunque blanco, oculta bajo el húmedo paladar una lengua negra, deshazte de él, no sea que el vellón de su prole salga también con manchas negras, y busca otro en su lugar por toda la campiña, llena de ganados. Con una ofrenda de nevado vellón, es fama, ¡oh Luna! (si tal cosa puede creerse), que te cautivó Pan, dios de la Arcadia, llamándote a los frondosos bosques y tú no desairaste al que te llamaba.*

*Si quieres obtener buena leche, tú mismo con tu mano lleva a los pesebres cantueso y abundantes almece y hierbas saladas; así las ovejas beben con más gana y se les llenan mas las ubres, y así también saca su leche el oculto sabor de la sal. Muchos hay que no dejan a los cabritos ya crecidos acercarse a las madres y les sujetan las tiernas bocas con bozales de alambre. Cuajan a la noche la leche que ordeñan al amanecer o durante el día, y la que ordeñan a la noche o por la tarde la llevan a vender al alba los pastores a la ciudad en canastillos de mimbres o bien la salan un poco y la conservan para el invierno.*

*También te enseñaré las causas y las señales de las dolencias que aquejan a los ganados. La repugnante sarna inficiona a las ovejas cuando las penetran hasta lo vivo las frías lluvias y las nieblas erizadas de blancas escarchas, o cuando, recién esquiladas, se les cuaja el sudor en el cuerpo, o bien cuando las desuellan los punzantes zarzales. En tales casos, los mayores llevan a todo el rebaño a bañarse en los dulces ríos; el carnero, metido en el sitio más hondo, sumerge sus vellones en las aguas y se deja llevar por la corriente, o bien, después de esquilado, le restregan el cuerpo con una mezcla de amargo alpechín, almárgata, azufre vivo, pez del monte Ideo, cera muy crasa, cebolla albarrana, peligroso eléboro y negro betún; pero el remedio más eficaz para estos males es sajar con un cuchillo las prominencias de las úlceras. El vicio de la sangre con estar encubierto se aumenta y encona mientras el pastor no acude a curar las llagas de sus reses y se está sentado pidiendo a los dioses que se las sanen. Y aún aprovecha más, cuando un profundo y acerbo dolor se les mete en los huesos y una ardiente calentura les consume los miembros, dar salida al fuego interno que las abrasa sangrándolas de los pies. Tal es la costumbre de los bisaltas y de los fieros gelonos cuando van fugitivos por el Ródope y por los desiertos de los getas, y beben leche coagulada con sangre de caballo.*

*Cuando vieres a alguna de tus ovejas o desviarse a menudo de las demás buscando la sombra, o pacer con desgana las puntas de las*

	<p><i>hierbas, y seguir la última al rebaño, o tenderse mientras están pastando las otras, o volver sola al redil ya entrada la noche, ataja al punto el daño con el hierro antes de que cunda el cruel contagio por todo el ganado, incapaz de precaverse.</i></p> <p><i>A más de esto, de nada aprovecha ya mudar los pastos a los ganados, antes les dañan los mismos remedios que se emplean; danse por vencidos los maestros de la ciencia Quirón, hijo de Filira, y Melampo, hijo de Amitaón. La pálida Tisifone, vomitada de las tinieblas estigias, ejerce sus estragos a la luz del sol, y empujando delante de sí a las enfermedades y al miedo, de día en día levanta más altiva su insaciable cabeza. En las secas orillas de los ríos y en los enhiestos collados resuenan el continuo balar de las ovejas y los bramidos de los toros; manadas enteras mueren de la peste, y hasta en los mismos establos se hacinan los cadáveres destrozados con la horrible infección, hasta que se hace forzoso cubrirlos de tierra y sepultarlos en hoyas, porque ni sus pieles pueden servir para nada, ni hay medio de desinfectar sus carnes ni con agua ni con fuego, ni siquiera es dable aprovechar sus vellones, carcomidos por la podredumbre, ni aun tocar con la mano aquellas lanas corrompidas. Si alguno probaba a vestirse con aquellos repugnantes despojos, al punto se le cubría el cuerpo de ardientes postillas y de un sudor pestífero, y al poco tiempo un misterioso fuego devoraba sus apestados miembros.</i></p>
OBSERVACIONES	<p>El libro III empieza con una invocación a los dioses protectores de los ganados. La segunda mitad del libro está dedicada al ganado menor, en especial al ovino y caprino, se dan recomendaciones para la colocación de los establos y la alimentación del ganado, la cría de cabras y ovejas, recolección de lana, leche y queso y la lucha contra las plagas más frecuentes del ganado ovino.</p>
BIBLIOGRAFÍA Traducción y notas	<p>VIRGILIO, Publio Virgilio Marón: Las Geórgicas. Libros I y II. Edición 1867, Imprenta de El Comercio, Lima. Traducción: Juan de Arona. Libro III, traducción de Eugenio de Ochoa y Montiel.</p>